



Educación para la lucidez y el pensamiento crítico.

Una reflexión desde cuestiones políticas colombianas

Andrés Argüello Parra¹

1 Docente-investigador Centro de Estudios en Educación Universidad Santo Tomás de Colombia. Doctor en Pedagogía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) – Institute of Sociology, University of Łódź. Polonia. Ver más en nuestro link de Autores.

*“Una educación completa debe formar,
al mismo tiempo y en la misma operación,
hombres de fe y hombres de lucidez,
hombres de fidelidad y hombres de independencia,
hombres leales y hombres en pie”*

(E. Mounier, Tratado del carácter).

Introducción

El acontecer del siglo XXI nos ha hecho ver, en poco más de una década, la vorágine abrumadora de la historia con su carácter eminentemente transicional y contingente. En los últimos años, hemos visto aflorar un torbellino concentrado de ideas, sucesos y dinamisimos que, en sus múltiples tonalidades, han evidenciado, una vez más, la exposición y la emergencia de la vida humana. Grandes desarrollos llevan su curso de manera concomitante con grandes amenazas. El avance exponencial de las ciencias y de la innovación tecnológica, el diseño de condiciones audaces de habitabilidad acompañadas de la sofisticación de los artefactos, las nuevas conquistas astrofísicas del cosmos, con sus vidas posibles, preanunciadas ya por el genio modernista de “El Nolano” (Giordano Bruno, 1548-1600), contrastan con la diversificación y prominencia de los conflictos que erosionan la estabilidad cotidiana de las sociedades; conflictos que expresan la ignominiosa prevalencia de las desigualdades sociales, la desintegración progresiva de la eminente dignidad de la persona y el confinamiento de aquel tipo de elecciones que hacen sublime y única la experiencia de vivir a pesar de toda adversidad o, quizás, justamente por ello.

Un terreno de particular relevancia para apreciar esta dinámica de complejización de las sociedades en el despertar del tercer milenio, es el ámbito político -tomado en su acepción más amplia- donde se ha hecho patente, de modo especial, el modo fragmentario, volátil y provisorio de las democracias. Configurado sobre los vestigios del liberalismo político decimonónico que sostuvo la conformación de los Estados Nacionales, el modelo democrático, tal como ha sido planteado, parece no terminar de fijarse como un sistema de ‘gobierno del pueblo’ capaz de favorecer las condiciones de equidad, justicia social y participación pública plena en medio de las exigentes demandas humanas del siglo que avanza. Probablemente, la conquista de la democracia actual por parte de intereses transnacionales ha reducido la acción política rotulada como tal a formas determinantes de productividad y competitividad, haciendo de la ‘política democrática’ una fina falacia macroeconómica distante de la autonomía responsable de los sujetos y la gestión eficiente de las corporaciones del Estado.

Así, sólo un ‘liberalismo estructural’, o cualquier otra concepción centrada unidireccionalmente en el derecho civil del individuo, resultaría una filosofía política insuficiente para sostener el ritmo complejo de las democracias contemporáneas. De hecho, la democracia, como sistema político, no puede ser definida desde un plano estratosférico, etéreo y apartado, por parte de los poderes establecidos, y aceptada, sin más, por la inercia irreflexiva de las masas, sin ‘dar la batalla’ a los modos de comprometimiento con la cosa pública, que implica fundamentalmente una manera creadora y empática de integrar la comunidad.

Esa manera concienzuda, razonable y ponderada de tratar los asuntos públicos, con más razón aún en escenarios de conflicto, es lo que denominamos aquí lucidez política. No se trata simplemente de una habilidad individual que cualifica la sobrevivencia social. Más bien, se trata de una categoría sustentadora de las democracias del siglo XXI que cuenta con el potencial de favorecer la consolidación de las alteridades, la revisión crítica a las ideologías transmitidas generacionalmente, y la acción política del ciudadano concreto que brota como escucha de la realidad. Dicho de otro modo, es la transposición de finalidades del logos de la ley positiva, universalista y abstracta, a la racionalidad comprensiva del sujeto, entendido en cada situación particular. Así, la lucidez política entraña una comprensión situada de lo humano como expresión privilegiada de la vida tejida en el seno de un grupo social. El criterio para la comprensión del acontecer político no es, entonces, la norma o el cuerpo de doctrina en sí mismo sino la responsabilidad ante una situación concreta de humanidad lacerada.

Desde tal punto de vista, se quieren comentar en el presente artículo dos casos específicos de la situación política colombiana que pueden ayudar a entender los impactos, las urgencias y las pragmáticas de la lucidez dentro de una realidad determinada. Si bien la referencia de los casos se toma de la historia actual de Colombia, la estructura del concepto que se pretende desarrollar puede ser perfectamente extendida a otras situaciones del escenario iberoamericano e, incluso, mundial, pues como se ha planteado, los agites de esta hora de la democracia, en tanto fenómeno histórico, desbordan cualquier intento de insularidad de lo local.

Hacia un ejercicio de lucidez política y conciencia electoral

La instrumentación de la política que ocurre a través de los partidos atraviesa una de las crisis más patentes de la hora actual de las democracias no sólo en Colombia sino en otras esferas latinoamericanas. Uno de los elementos más cuestionados es el progresivo deterioro de la representación efectiva de todos los sectores sociales, en especial de aquellos en situación de vulnerabilidad, por cuenta de agremiaciones partidistas que, en más de una ocasión, aparecen como un simple reflejo del egocentrismo de sus afiliados. Ahora 'lo público' ha dejado de expresar sustantivamente la voz apremiante de la comunidad para convertirse en lóbrega epifanía del interés privado.

Por ello, no resulta fácil al momento de la definición electoral -un claro dispositivo del sistema democrático- traducir la aspiración, la convicción y la necesidad

política efectiva del votante en el respaldo a un determinado candidato y/o partido que pretende recoger, desde el artificio propio de su respectiva campaña, el cuerpo de carencias más acuciantes de una comunidad.

Pero la historia democrática nacional nos muestra, desde muchos ejemplos, cómo el respaldo popular a cierta iniciativa de gobierno termina o, mejor aún, comienza frustrada por la desviación de programas de interés común, que siendo base de anuncio publicitario electoral, trastocan su rumbo hacia favoritismos y cuotas particulares por parte de los 'políticos de oficio'. Sabido es que la victoria de la contienda no depende sólo de los votantes en urna en sí mismos sino de la gran parafernalia que sustenta previamente el producto aritmético mayoritario.

Ahora bien, grandes vicios electorales y de gobierno, como la compra y trashumancia de votos, el clientelismo, la descarada corrupción que enriquece desmedidamente a unos pocos a costa del erario común, el tráfico de ilusiones de un pueblo y la anulación explícita o soterrada del bien público para hacer del gobierno una 'acicalada perversión necesaria', tienen su más acendrado opositor en la conciencia crítica de un individuo libre, capaz de decisión efectiva y de análisis ponderado de la realidad.

En este plano, el mismo sistema electoral democrático favorece un mecanismo de resistencia a la dominación de las masas por parte de las estructuras manipuladoras del partidismo: el voto en blanco. No haremos aquí, por escapar al interés del artículo, una descripción técnica de tal recurso, sino una ilustración somera de cómo llega a operar como dispositivo de autonomía popular siendo, por ello mismo, denostado en diversos niveles de la política.

¿De qué manera entender que la opción por el voto en blanco no es un arrebato pueril de ingenuidad o desencanto sino un ejercicio agudo de criterio político en medio de un esquema electoral desvertebrado, vicioso e infiable que pretende pasar por 'democrático'? ¿Cómo puede el voto en blanco romper las largas cadenas de 'amiguismo partidista', de 'delfinazgo', de perpetuación en el poder de 'los mismos con las mismas'? ¿Cómo sostener la criticidad que implica el mecanismo para no ceder, tarde o temprano, a las mismas formas amañadas de la pseudo-democracia? En otras palabras, ¿cómo lograr que el voto en blanco sea expresión de una cultura política lúcida ante las problemáticas del mundo, crítica ante las modalidades falaces de la maquinaria electoral y propositiva ante la necesidad de programas alternativos que respondan mejor a las urgencias reales de la comunidad?

En este lugar es menester evocar la inspiradora obra de José Saramago, con su sabia ironía frente a los moldeamientos de la vida humana que, entre más obtusos y rutinarios, pretenden pasar por definitivos.

El Ensayo sobre la Lucidez es una obra dedicada al tema que aquí aludimos. La novela relata cómo el voto en blanco aparece para el sistema de gobierno establecido como una desviación del 'recto camino' de la democracia. La inesperada y detestable victoria en un municipio de electores sensatos:

"Pasaba de la medianoche cuando el escrutinio terminó. Los votos válidos no llegaban al veinticinco por ciento, distribuidos entre el partido de la derecha, trece por ciento, partido del medio, nueve por ciento, y partido de la izquierda, dos y medio por ciento. Poquísimos los votos nulos, poquísimas las abstenciones. Todos los otros, más del setenta por ciento de la totalidad, estaban en blanco" (Saramago, 2004: 31).

En la dinámica de esta obra, el voto en blanco es la respuesta democrática contra el determinismo de la historia diseñado por los usurpadores del futuro que han hecho del compromiso humano inherente a la política un juego sucio de complicidades y corruptelas de partido o un sesgo de las ofertas tradicionales de gobierno montadas en un sistema regentado por los burócratas, las multinacionales y las mafias.

Un electorado que toma conciencia de los quiebres del sistema sobre el cual se estructura su gobierno halla en el voto en blanco una manera de ser-político que se sostiene más allá de la coyuntura misma de las urnas. Saramago cuenta que a la siguiente semana, cuando se llevó a cabo la segunda votación, el resultado anunciado por el primer ministro era arrasador... para el gobierno: "El resultado de las elecciones que hoy se han realizado en la capital es el siguiente, partido de la derecha, ocho por ciento, partido del medio, ocho por ciento, partido de la izquierda, uno por ciento, abstenciones, cero, votos nulos, cero, votos en blanco, ochenta y tres por ciento" (Saramago, 2004: 45ss).

Desde ese momento, se desarrolla en la novela una larga y fascinante trama que desnuda las argucias de los poderosos cuando se perciben amenazados en su nicho de seguridades y dominios. Para esa concepción de poder gobiernista, al mejor estilo maquiavélico, siempre el fin admite cualquier medio, contra quien sea necesario y por encima de cualquier legalidad. Ellos mismos, quienes integran tal sistema, son la ley.

Por las características de ese orden de perversión, cualquier mecanismo de autenticidad, libertad política

y crítica será percibido como una 'borrasca de la insensatez', tal como abre su obra el nobel Saramago. No en vano, en la deliberación del jefe de gobierno con los ministros, la calificación del fenómeno derivado del voto en blanco se registra como "peste moral que ha infectado a una importante parcela de la población" (Saramago, 2004: p. 60).

Desde esta elaboración literaria bien vale referir aquí el relato paralelo de la novela que recientemente ha cobrado lugar en la historia real de Bello, un municipio del norte del Valle de Aburrá en el Departamento (Provincia) de Antioquía, al noroccidente de Colombia, cuando en las elecciones del 30 de octubre de 2011, para elegir titulares de los gobiernos locales y regionales, la alcaldía de la municipalidad fue ganada justamente por el incómodo candidato, el voto en blanco.

En la población de Bello, la victoria del voto en blanco en la primera vuelta electoral es un castigo público de ciudadanos lúcidos contra las generacionales alianzas del poder que allí se han establecido con los violentos, con los caciques de turno y con las mafias.

Connotados analistas y comentaristas no hicieron esperar su reacción. Luis Fernando Quijano, promotor de derechos humanos, afirmó que habían aparecido los verdaderos ciudadanos, los que van más allá de la cédula¹.

Reinaldo Spitaletta, columnista del diario de circulación nacional El Espectador, realizó una interesante semblanza del fenómeno en su artículo titulado "El voto en blanco es Bello" del 31 de octubre de 2011. En él hacía ver la fisonomía irregular que ha caracterizado a ese pueblo como anticipo de la lucidez política manifestada en los comicios de octubre:

"Bello, cuna de pintores como Lola Vélez, alumna de Diego Rivera y Pedro Nel Gómez, y de juristas de talla internacional como Fernando Vélez Barrientos; Bello, que alguna vez tuvo como concejal a un burro de verdad y fue tierra de 'aplanchadores' de la Violencia; Bello, la misma que junto con Palmira, según Estanislao Zuleta, no tenía cultura, acaba de dar una demostración de civilidad y cultura política, ejemplo para todo el país.

Bello, que tantos años estuvo sin agua potable, pese a su riqueza hídrica, y que fue un laboratorio de la modernidad en el país, volvió realidad la ficción. Porque, en efecto, llovía, como en la obra de Saramago, el día de las elecciones y se escuchó el aullido de algún perro. Y lo que parecía increíble, sucedió.

1 Documento de identificación personal en Colombia que se adquiere al cumplir la mayoría de edad civil, es decir, a los 18 años.

El único candidato a la alcaldía, del partido conservador, perdió las elecciones frente al voto en blanco, que lo superó con creces. Las elecciones se repetirán con otros aspirantes. Y de esta forma, Bello, pueblo de larga historia, pasará a la posteridad como la primera ciudad de Colombia en la que, como en la novela de un portugués, ganó el voto en blanco, que algunos políticos ya tendrán que empezar a temer como si fuera la peste blanca. El presagio se cumplió”.

Ciertamente, la población de este municipio no aceptó que un político preso impusiera al candidato de su corriente, Germán Londoño, vencido por el voto en blanco. Londoño, no venció ni siquiera contando con el aval de los principales partidos del país sudamericano, el Liberal, el Conservador, el de “la U” y Cambio Radical. También contaba con el patrocinio del exalcalde Oscar Suárez Mira, detenido por esa sucia denominación de ‘parapolítica’² y de su hermana Olga, alcaldesa saliente del municipio. Por eso, según el parecer de los habitantes, lo ocurrido “es una bofetada a la casa Suárez Mira, vinculada a casos de politiquería y parapolítica”.

De hecho, la amenaza fraudulenta merodeaba la celebración de los comicios desde su preparación. La precandidata Luz Ochoa no pudo ser contendora de Londoño porque el Consejo Nacional Electoral no avaló las firmas que presentó, con un halo de irregularidad que evoca vínculos políticos con César Pérez, otro preso de la ‘parapolítica’.

Desde aquí, en semejante ambientación política dominada por la componenda y la trampa, las organizaciones sociales impulsaron la alternativa del voto en blanco arrojando como resultado en primera vuelta, 60.976 votos en blanco sobre 46.553 del candidato único Londoño.

Visto como un fenómeno nacional que necesita agudizar los estadios de lucidez política en sus ciudadanos, el columnista Jaime Calderón Herrera, del periódico nororiental colombiano Vanguardia Liberal, apuntaba el 8 de noviembre de 2011: “Es necesario un hecho político que rompa el nudo gordiano de la corrupción: ¡Votar en blanco reiteradamente!, no solo para repetir el proceso con otros candidatos, sino para canalizar el repudio. Más de cien mil votos de estas elecciones pusieron la materia prima”.

En contrapartida, como bien anticipó Saramago, el voto en blanco se toma por criterio confundido y desvirtuado de un pueblo; un mecanismo que hace parte de una ‘conspiración’ para “atentar contra la seguridad del estado o contra la estabilidad del sistema” (Saramago,

2004: 50). En el municipio de Bello, el presagio del Ensayo sobre la Lucidez no sólo se ha cumplido por la victoria del voto en blanco, en una primera fase, sino por la gran movilización de nuevas y poderosas componendas que se preparan tras esta incómoda victoria.

Como bien hace ver la novela, la contribución contundente de la democracia participativa es la representación ciudadana-popular que rebasa los cálculos programáticos de la élite del poder partidista. La representación ciudadana fundada en un ejercicio crítico y lúcido de lo humano es aborrecida por las clases políticas de control pues entraña inusitados modos de autogestión, organización social y veedurías de cumplimiento que socavan la soberanía omnimoda del partido, del legislador o del gobernante. Para dichas élites del poder, es necesario poner en marcha las estrategias necesarias para que la ‘democracia’ vuelva a estar a su favor. Los partidos, como los individuos corruptos, no se permiten perder: “Los partidos, al expresar sus puntos de vista, prefieren no arriesgar demasiado, dan una en el clavo y otra en la herradura, dicen que sí, pero que también” (Saramago, 2004: 34).

La componenda del poder preparada como un banquete de rapiñas, ‘delfinazgos’ y nepotismos, se desestabiliza con la agudeza de un pueblo que rechaza todo tipo de gobiernos amañados porque la conciencia de respeto por lo público lo ha hecho insobornable. Así, cierta situación política en manos de una ciudadanía crítica queda fuera de control de las hegemonías partidistas y de sus intentos de apropiación de las expresiones democráticas.

De ese modo, los movimientos ciudadanos libertarios, que se aprecian en la presente ‘sociología de emergencias’, al igual que el voto en blanco, son manifestaciones visibles de la libertad popular que no logran ser comprendidas por los sistemas establecidos de poder. Por ello es más práctico abordarlas como estrategias del mal, desvirtuarlas con el auxilio de ciertos medios de comunicación y, en su expresión más radical, reprimirlas por vías de fuerza. En la novela de Saramago, por ejemplo, la incomodidad del voto en blanco crea la esquizofrenia “de una organización clandestina contra la seguridad del estado y contra la legitimidad del sistema democrático” (Saramago: 2004, 114), que debe ser combatida con toda la radicalidad necesaria para preservar los intereses de la nación.

Cierto es que la ‘mansa insurgencia’, la ‘peste’ o la ‘insurgencia blanca’ -como es llamada por Saramago- desestabiliza el sistema de un espacio democrático dado y cuestiona las convicciones y prácticas políticas que le son inherentes. Bien lo destaca el nobel portugués en al-

2 Término que designa la vinculación de partidos políticos a grupos irregulares de autodefensa y narcotráfico que operan al margen de la ley, aunque con complicidad de algunos sectores del Estado.

gundo de los diálogos entre el presidente y el primer ministro de su novela, al reflejar la preocupación instalada en los altos mandos por el carácter indomable que supone un pensamiento crítico, sustrato de toda decisión autónoma, ante el poder establecido. Un electorado capaz de pensar y de pensar-se es un anticipo inevitable de pueblo emancipado. De hecho, la conciencia crítica es el principal adversario de los poderes fácticos dominantes porque es un símbolo patente de autonomía y de libertad.

Por eso, ninguna maquinaria política puede permanecer impávida ante los signos de la emancipación de un pueblo. Saramago logra manifestarlo con pasmosa veracidad: "Es regla invariable del poder que resulta mejor cortar las cabezas antes de que comiencen a pensar, ya que después puede ser demasiado tarde" (Saramago, 2004: 153).

Lo ocurrido en el municipio colombiano de Bello deja claros los merecidos halagos de la primera vuelta electoral, donde triunfa claramente el voto en blanco; y, al mismo tiempo, las incertidumbres de los resultados de la segunda contienda, celebrada el 18 de diciembre de 2011.

El curso de la novela, que está acompañando la confección de estos comentarios, ya se había referido a la astuta perplejidad que entraña la etapa posterior a la victoria del voto en blanco justamente por las condiciones de resistencia recién señaladas: "¿Qué sucederá cuando se repitan las elecciones? Ésta es la pregunta que se hace en voz baja, contenida, sigilosa, para no despertar al dragón que duerme". Para algunos, conviene dejar pasar el tiempo hasta "cuando el polvo se haya asentado, cuando el nefasto suceso haya entrado en el rol de los pretéritos olvidados", o volver a acomodar todas las cosas en su orden primigenio para evitar el fenómeno de la "teratología político social" (Saramago, 2004: 33 s).

Tampoco Bello resultaría inmune a un despliegue de maquinarias y actos de corrupción, durante el periodo entre comicios, que se empeñarían en hacer quebrar la contundencia del voto en blanco.

El 18 de diciembre de 2011, tras repetir las elecciones en el municipio, resultó elegido Carlos Muñoz López (35.891), candidato del partido conservador, quien contaba con el respaldo del clan 'Suárez Mira', el grupo dominante y cuestionado en el gobierno de esa población. Desconcierta una primera elección de rechazo a la dinastía 'Suárez Mira' y una segunda de concesión a sus falaces promesas. ¿Sería que el voto en blanco sólo tenía el papel de postergar la 'inevitable' opción de la política gobiernista de siempre? ¿No fue, en realidad, un signo de 'conciencia electoral' la victoria del voto en blanco en

los comicios del 30 de octubre? ¿Se trató simplemente de una protesta contra la carencia de titulares aunque la afiliación de gobierno y los programas ofrecidos se mantuvieran instalados en un largo historial de dudosa reputación? Si de un candidato único (Londoño) se logró pasar a un elenco de seis elegibles, ¿por qué conceder la victoria justamente al candidato que representaba la tendencia política que el voto en blanco derrocó en primera vuelta? ¿Y, por qué la segunda mayor votación del 18 de diciembre fue para la candidata liberal Luz Imelda Ochoa (29.127), cuya aspiración había sido invalidada en los primeros comicios?

Sin duda, son muchas las preguntas que afloran ante los resultados señalados. Sin pretender esperar, para este caso concreto, un ingenuo final de novela ilustrado, el fenómeno del voto en blanco en el municipio colombiano de Bello ofrece un motivo para pensar, allende la acción electoral, el papel del ciudadano crítico y su participación en las decisiones y tareas de lo público.

Si el voto en blanco -esquiva epifanía de la criticidad ciudadana- se presenta como un dispositivo válido para ejercer el derecho libre al voto, castigar la hegemonía de los corruptos y sancionar el cinismo de gobiernos partidistas endógenos, entonces, éste debió tener la victoria no sólo en Bello sino en el Departamento de Santander, en su capital, y en gran parte de los municipios de Colombia, así como en la gran amplitud de poblados que el lector de este artículo puede identificar desde su propia experiencia ciudadana local en el mundo iberoamericano.

Pero, como no se pretende reducir la eficacia de un recurso sensato a la ingenuidad de una aspiración etérea, perdido en la esfera de una ilusión sin realidades, bastará por ahora insistir en el horizonte valoral de la política que se desprende de la acción puntual que aquí se ha comentado. Como se ha venido insistiendo, la conciencia crítica, en la relación cotidiana con lo público, que alimenta la ciudadanía participativa, debe ser vivida como una obstinación de la libertad y, por ello, ha de resistir a las campañas de disolución de las conciencias. Ello será un presupuesto central para activar la memoria política de nuestros pueblos no sólo porque evitaría las acechantes recaídas en los errores del pasado, con su letanía de impactos lesivos en la comunidad, sino porque cargaría el futuro político de una apremiante corresponsabilidad histórica, con mayor participación real de los distintos actores ciudadanos y con un diseño solidario de las sociedades tendiente a combatir la inequidad, la miseria y la falta de oportunidades, como preocupaciones comunes y no sólo como etiquetas de determinado gobierno ocasional.

No se trata, pues, de una apología simple del voto en blanco como tal, sino de éste en tanto expresión situada de la conciencia crítica y plataforma esencial de todo ejercicio ciudadano lúcido en la complejidad de las sociedades emergentes, donde ha de alumbrar la primacía de lo humano antes que la apariencia y transitoriedad de las funciones. Visto así, el voto en blanco anticipa la poliforme ruta de la criticidad ciudadana, asunto de radical importancia en un modelo participativo de gestión política y de construcción conjunta de las democracias.

Del lado humano: el ciudadano lúcido ante el horror del conflicto

Muchas veces, la convivencia ordinaria en la realidad de nuestros mundos emergentes genera tensiones ante el nacimiento de lo diverso. Si así ocurre en temas considerados de menor impacto, con cuánta mayor razón cuando se trata de los ejes vertebradores de la vida política nacional y, en concreto, de un azaroso camino de conflicto armado que ha desangrado al país sudamericano por décadas. Si bien no se intenta hacer aquí un análisis técnico y estricto, como lo han efectuado ya numerosos investigadores expertos en la materia, quisiéramos más bien, al igual que en el caso anterior, formular un motivo de reflexión que sirva de llamamiento a la lucidez como base humanística de la política.

Hay que señalar, en primer término, que la inviabilidad estructural de la disidencia, llevada a su paroxismo, es la plataforma del conflicto armado no sólo en Colombia sino en aquellas otras naciones donde se manifiestan realidades de confrontación política, aunque sea de modo velado o encubierto por las voces oficiales³. Como un antecedente remoto en el mundo occidental contemporáneo, la revolución industrial legó los cauces diferenciadores entre los paradigmas liberal y socialista que, años después, se afianzarían en la radicalización de la guerra fría a través del enfrentamiento capitalismo-comunismo. Para el caso colombiano, la marca caudillista de los partidos liberal y conservador -los 'rojos y azules'- fue el punto detonador de una cruenta historia nacional tejida desde la primera mitad del siglo XX.

Ciertamente, no ser del 'mismo bando' ha sido una insoportable realidad política y social que, en el plano macro-histórico, se traduce en declaratoria de guerras, saqueos, confinamientos y, en suma, anulación forzosa de toda posible otredad.

3 Un caso similar puede apreciarse, por ejemplo, en el México de los últimos años, donde se calcula una cifra escandalosa de muertes impunes en la confrontación avivada por las políticas del gobierno calderonista (2006-2012) y las mafias del narcotráfico instaladas en ese país.

La polarización binaria de las ideas, las convicciones, las creencias, en el terreno de la política, se ha identificado hasta el día de hoy con un curioso lenguaje de lateralidad que pretende definir el mundo entre 'izquierda' y 'derecha'. El desafío que ahora se plantea, al interior de esta distinción, no es sólo la tolerancia respetuosa del diferente sino el acto consciente de autoreflexión, punto de partida para evitar toda suerte de fanatismos irracionales por vínculo político. Ciertamente es que la afiliación ciega a cualquiera de los bandos impide el ejercicio lúcido de la autocrítica y termina por concesionar el principio humano por la ideología del colectivo.

Plagados de los dobles discursos, de los extremos sin autocrítica, 'la izquierda' y 'la derecha' colombiana han devanado la posibilidad de una auténtica democracia abierta a lo plural al producir, con sus sofisticadas incoherencias, un constante acoso de la dignificación de la vida y un ambiente de estandarización donde la primacía no está puesta en el desarrollo integral de la persona sino en la preservación doctrinaria de un grupo político, movimiento, partido, o, incluso, banda criminal.

Las sinonimias establecidas entre 'derecha-capitalismo' e 'izquierda-socialismo', confirman la polarización. La 'izquierda' se plantea como alternativa a la 'derecha' dominante donde se alberga una tradición de imperios, explotaciones y sistemas legitimadores de inequidades. Una 'derecha' de poderosos que necesita conservarse para que esa minoría de clase conserve incólumes sus privilegios.

De la perversión de los fascismos, de ayer y de hoy, no caben dudas. La historia nos ha mostrado grandes lecciones de inhumanidad por cuenta de regímenes que, en nombre de ideales convenientes, han ejecutado toda suerte de atropellos al más mínimo derecho vital de subsistencia en las sociedades por cuenta de ese 'imperio de las derechas'. Abjecta ponderación política que homologa el medio con el fin para detentar la defensa de la democracia desde la hipocresía de los traficantes de humanidad. En aras de ideologías como la seguridad nacional, la conservación del orden y la estabilidad de las naciones, se han emprendido los más feroces sistemas de dominación, unas veces de manera explícita, por ejemplo en las dictaduras; y, otras, en los muros blanqueados de pseudo-democracias que barnizan la hegemonía del tirano y sus obtusas políticas inconsultas.

En Colombia encontramos esos tentáculos facinerosos del poder que todo lo envuelven (el sistema penal, las políticas de gobierno, las relaciones comerciales, los mecanismos de contratación, los vínculos laborales, la explotación de recursos, entre otras) como una característica del poder de 'las derechas' que inten-

tan hacer circular todo un marco de establecimiento constitucional en torno a sus propios intereses de clase. Montados sobre una concepción univocista del mundo, quien no piensa como ellos es enemigo de la nación, un subversivo indeseable que debe ser eliminado. De igual modo, las manifestaciones culturales que no se ajustan al formato de ese ciudadano civilizado tampoco tienen cabida en la noción de un Estado unitario. En el límite, la alianza criminal entre grupos ilegales (paramilitares o bandas criminales) y el Estado, principalmente con el apoyo de algunos sectores de las Fuerzas Militares y de Policía, configuran el cuadro de auto-protección de latifundistas, magnates y 'mentes pulcras' patrocinadoras de variados mecanismos de 'limpieza social', esto es, de exterminio del indigente, del periférico y, en general, de una creada rotulación extendida de delincuencia⁴.

La 'extrema derecha' está asociada a los atroces crímenes de los paramilitares, las 'Autodefensas Unidas de Colombia', o su eufemística versión más reciente, 'Bacrim', bandas criminales, que operan tanto en el sector rural como en la vida urbana, alentados por el suculento negocio del narcotráfico que sirve a unos y a otros. De igual modo, los crímenes de Estado, plagados de mentiras por el sistema que los encubre, como bien se halla en uno de los casos más emblemáticos, el de los 'falsos positivos'⁵. Otros síntomas del poderío extremista de 'la derecha' y de la endogamización del poder, se encuentran en el complejo diseño de represiones de las libertades civiles, interceptaciones ilegales de la oposición, persecución a líderes y organizaciones dedicadas a los derechos humanos, la restitución de tierras ilegalmente expropiadas o la celeridad de la justicia para los más vulnerables, en especial, en aquellos casos que suelen involucrar actores del gobierno o de otros sectores dominantes consolidados.

En las lógicas reaccionarias de 'la derecha' se instalan bien las políticas económicas neoliberales que favorecen el progreso de unos y la inequidad de muchos,

4 Una amplia variedad de investigaciones sociológicas, emprendidas por analistas políticos que ejercen el periodismo crítico, ha documentado casos concretos de vinculaciones con propósitos delictivos entre las fuerzas de seguridad del Estado y grupos al margen de la ley. Algunos de ellos son Felipe Zuleta, con su trabajo "La pobreza, un crimen que se paga con la muerte"; Hollman Morris con "Impunity"; la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación junto a la Diócesis de Quibdó con "Bojayá, la guerra sin límites", entre otros.

5 Durante el segundo periodo presidencial de Álvaro Uribe (2006-2010), se hizo público uno de los mayores crímenes de Estado ocurridos durante ese gobierno: la muerte indiscriminada de civiles, normalmente jóvenes en situación de extrema pobreza, por parte de militares que, tras engañarlos con promesas de trabajo o remuneración, los asesinaron para ser presentados luego como bajas en combate contra la guerrilla y reclamar prebendas de ascenso o reconocimiento en la institución militar.

la invasión de tierras indígenas o campesinas con fines de explotación, la conquista de reservas naturales para beneficio de las transnacionales, los ambiciosos programas privatizadores en torno a los derechos fundamentales, la conducción malintencionada de los medios de comunicación, las campañas de desprestigio de los movimientos sociales y un amplio listado de estrategias, normalizaciones y direccionamientos que confirman la sociedad sectaria del lucro donde predomina el ocaso inevitable del ser ante el surgir tiránico del tener.

Pero, como si la debacle de 'la derecha' fuera poco, en la hondura del conflicto colombiano, también aparece el fascismo de las izquierdas, del que poco o nada se habla por parte de sus adeptos. La 'izquierda' extrema, en cualquiera de sus denominaciones, que propugna, desde su actuación política, la primacía del dogma de cuadrilla antes que la ponderación razonable de situaciones con el criterio depurador de la persona humana concreta, resulta igualmente reaccionaria. Son 'izquierdas-derechizadas' cuyo pensamiento oscurantista es tan pernicioso como las argucias del poder fijadas desde el otro extremo, ese que llaman 'de derecha' y ante el cual pretenden mostrarse como alternativa de restauración.

Todavía hay quienes creen que todas las acepciones 'de izquierda', por el sólo hecho de serlo, son en sí mismas liberadoras, y expresan las necesidades sociales más acuciantes, en resonancia directa a las clases populares, en otras palabras, una tendencia política que alberga un pensamiento renovador y una praxis comprometida al servicio de los oprimidos de la tierra. De esta manera, 'la izquierda' se muestra como luchadora de las cuestiones sustanciales que comprometen a los sectores desfavorecidos de una sociedad. Como parte de su razón de ser, se proclaman en las antípodas del capitalismo y de sus profetas para hacer camino junto a los desposeídos, a quienes 'el imperio' ignora y aplasta. Desde esa perspectiva, las corrientes 'de izquierda' se asumen adalides de las fuerzas sociales y de los pueblos en lucha que emergen de una nación en condiciones de desigualdad y opresión; preparan lo que consideran germen de un mejor futuro para el país y el derrocamiento de las tiranías.

El ideal, por supuesto, es loable. Ningún espíritu sensato podría ignorar la urgente necesidad política de la equidad, la transformación de las estructuras injustas del país que generan miseria y exclusión, y el favorecimiento de una ciudadanía plena para todos los actores, no sólo para los privilegiados del sistema. Pero, según hemos dicho, justo en defensa de esa nueva conformación política, de las libertades ciudadanas ante la democracia y de los derechos sociales y culturales para todos, es condición sine qua non tener una opción efectiva

por la vida, por las personas reales con quienes se lucha antes que por el prejuicio inamovible de la ideología.

En cuanto a 'extrema izquierda' se refiere, Colombia ha vivido la degeneración de los que fueron, en otro tiempo, sus movimientos guerrilleros. En las primeras décadas de su existencia (60-70) estos movimientos tuvieron la fuerza, la representatividad y el respaldo popular típico de aquel periodo latinoamericano de sublevaciones contra las élites perpetuadas en el poder. Pero, tener en Colombia hoy la guerrilla más antigua del mundo, más que una muestra de homenaje a las revoluciones populares, es un tributo al anacronismo de ese tipo de política 'de izquierda' desvirtuada de modo absoluto por la corrupción de los nobles ideales que le dieron origen.

Para referir el caso del grupo más sonado y poderoso, las autodenominadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -Ejército del Pueblo (FARC-EP)- representan de modo emblemático para el país ese trueque macabro de reivindicación popular legítima por industria del crimen desalmada y cínica. Pretender mostrarse ante la opinión pública como una guerrilla popular, con legitimidad política, cuando ni sus temidos cabecillas ni sus falaces patrocinadores son capaces de identificar y suspender, sin ambages, las feroces cadenas devastadoras de la vida que los sustentan, es la más patente contravía de la subversión como viabilidad reivindicatoria de un pueblo.

Si el criterio práctico que fundamenta 'la izquierda' es la defensa y la promoción de la vida vulnerada en su contradictoria insondabilidad e indomabilidad, si la vida humana de los débiles ha de ser preservada y promovida con todo ahínco en la construcción de políticas públicas y en el diseño de acciones gubernamentales, así como en el desenvolvimiento de iniciativas populares por la reivindicación de determinados derechos y condiciones dentro del Estado plural y democrático, entonces, el criterio rector innegociable de cualquier lucha popular ha de ser hasta dónde ésta o aquella acción es 'humanógena', es generadora de humanidad nueva. Por eso, los dispositivos de la violencia inter-humana no pueden ser sostenidos o defendidos hoy bajo ninguna pretensión ni, mucho menos, por motivaciones políticas de poder sectario que son orquestadas bajo la etiqueta de defensa popular, pues, la fuerza irracional y perversa de las armas recae, en últimas, sobre el pueblo inocente e indefenso.

El abominable secuestro, que literalmente encadena a seres humanos -militares o civiles, sin importar condición- en las selvas de Colombia por eternos años en las peores condiciones; las monstruosas minas anti-

personales, horrendo mecanismo de guerra que no sólo ha mutilado a los militares del país sino a infinidad de campesinos que viven de la tierra; el reclutamiento forzado de menores, so pena de la fuerza, la violación y la amenaza a la familia que se opone; y el detestable tráfico de drogas, motín de unos y otros, entre otras prácticas de horror de las actuales guerrillas colombianas, las han alejado desde hace mucho tiempo de cualquier proyecto de pretensión social o de agenda política válida tras degenerarse en los más burdos grupos criminales al servicio de crímenes atroces contra la humanidad y, en concreto, contra la población civil que dicen defender, incluyendo niños, campesinos, indígenas y toda clase de sectores vulnerables.

El rasero de una 'guerrilla sesentera' sostenida en ideales políticos plausibles y necesarios en esa hora histórica del continente, no puede medir ingenuamente el reducto que ha prevalecido hoy como mafia de mafias, distorsionadora de los ideales populares con los cuales se gestaron los movimientos revolucionarios auténticos del continente. Está lejos de toda lucidez extender la valoración guerrillera del pasado a las conformaciones delincuenciales del presente.

No es mera casualidad la indignación y el extremo fastidio del pueblo de Colombia ante los apoyos irreflexivos que trivializan el enorme daño que continúan haciendo las guerrillas, al igual que todas las fuerzas violentas del conflicto, a la construcción renovada de la nación. Esas voces periodísticas, partidistas o intelectuales, que no han sido capaces de denunciar con la vehemencia que merece el encadenamiento insufrible de seres humanos en las selvas y montañas más recónditas; o el ataque a las brigadas de salud y de intervención social; o el asedio terrorista de municipios con todo tipo de artefactos destructores, aún animales-bombas o cadáveres-bombas; o la incursión en los lucrativos negocios de la minería ilegal, en particular con el apetecible 'coltan' o tantalita; o el despojo violento de tierras; o la instalación de la barbarie en campos y ciudades, amparada por la ausencia descarada o la presencia amañada del Estado. Repudiar los crímenes de 'las derechas' y no percibir la degeneración izquierdista es una clara politización amañada que, al dar primacía a la afiliación ideológica antes que a la opción real por la vida humana, hace cómica la alternativa política que intenta ofrecerse.

De igual forma, también es motivo de repudio e indignación, así como de educación para la lucidez, que sectores incautos o mal informados de la comunidad internacional brinden respaldos económicos, publicitarios o estratégicos al proceso de 'bandolerización' de las guerrillas colombianas. Trátese, por citar sólo algunos ejemplos, de los realizadores del documental

presentado en un festival de cine en Buenos Aires, en noviembre de 2009, donde muestran a las FARC como la 'insurgencia del siglo XXI', una inofensiva organización guerrillera de trabajadores del campo, cultivadores de productos agrícolas de subsistencia y luchadores por la nueva Colombia; material extendido hasta Estocolmo, donde en conjunto con algunos sectores políticos de los Países Bajos, se han dado tradicionalmente otros patrocinios como la polémica venta de camisetas (playeras) en Dinamarca.

Asimismo, es muy deseable que ciertas voces internacionales como la mexicana, una de las que más refieren la realidad colombiana en el espectro continental, a través de medios como el diario La Jornada, entendieran con lucidez, para efectos de la seriedad e impacto de sus análisis, primero, que no pueden referirse a la violencia política en tercera persona; y, además, que grupos como las FARC de los últimos años no son, desde ningún punto de vista, algo así como la versión colombiana del zapatismo, pues la sublevación del movimiento chiapaneco nunca significó, hasta donde se tiene noticia, una industria organizada del crimen contra la población civil y menos aún contra los sectores vulnerables del país azteca, connotaciones que no pueden predicarse de los grupos 'guerrilleros' colombianos actuales. Por el contrario, la primera legitimidad del zapatismo radicó en acompañar la lucha organizada de un pueblo con la fidelidad a la causa humana que les dio origen, en un contexto de represión donde la guerrilla implicó, en verdad, un movimiento político emancipador que pronto ganó el respaldo de importantes actores de la sociedad. Si esa intelectualidad mexicana que aún continúa haciendo sus incursiones de defensa, velada o explícita, de los grupos 'insurgentes' colombianos hubiera contado con una guerrilla en su país con los alcances de una mafia criminal al estilo de 'los Zetas', por ejemplo, seguramente no estarían sugiriendo que los horrores que se anuncian respecto a las FARC son sólo producto de una campaña mediática 'imperialista' en su contra y que, por ende, son auténticos luchadores de los intereses del pueblo colombiano.

Tanto en Colombia como en el extranjero, los ingenuos cineastas, políticos de oficio, escritores, periodistas, intelectuales, quienes quiera que sean, deberían corroborar antes de aplaudir o ponderar sus patrocinios, qué tanto el pueblo colombiano común, el universitario de a pie, la ama de casa, el vendedor de minutos de telefonía móvil, el chico de las comidas rápidas, la maestra de escuela, el pescador de mar o río, el agricultor, en fin, cualquier colombiano corriente, reconoce realmente en las FARC 'su ejército' -según ellos se denominan- y descubre en ese tipo de organizaciones una agenda política que los identifica como pueblo común por cuanto res-

ponde a sus preocupaciones más apremiantes dentro de la sociedad.

Así las cosas, al asomarnos a las perversiones de los extremos sean 'de derecha' o 'de izquierda', ambas igualmente protagónicas en la guerra nacional, se advierte que la crudeza y la desesperanza en torno al conflicto colombiano, además de cifrarse en la hondura de su barbarie, se debe también a la corrupción de las alternativas. En las condiciones que tenemos, ni 'la izquierda' ni sus aliados, ni la 'derecha' con sus profetas, pueden gloriarse de servir a una causa humana veraz pues en no pocas ocasiones sus planteamientos son transposiciones de poderes; sus críticas, sustitución de imperios. Cuando las alternativas fueron 'de izquierda' había allí una hondura popular de transformación. Hoy quizás no sirvan al poder de las maquinarias monstruosas del capitalismo que repelen, pero sí al mismo poder tirano de 'las izquierdas' desfiguradas con discursos de liberación y, al mismo tiempo, con actos del más aberrante socavamiento de la vida humana, de las libertades civiles y de toda posibilidad de democracia participativa, incluyente y social.

Conclusión: Los caminos de la educación para la lucidez

Con todo lo dicho, a las tareas de formación de la ciudadanía, tanto en Colombia como en el marco latinoamericano, conviene un propósito ético central basado en el fomento de la lucidez entendida como un ejercicio de pensamiento crítico que prepara la acción razonable sobre la realidad inmediata desde el punto de vista del cultivo, protección y desarrollo de la persona humana.

La lucidez actúa como un filtro de la razón política que vigila la preservación efectiva de la vida en el núcleo de las tendencias sociales que así lo reivindican. Cuando la opción por la persona humana en concreto, se anteponga a 'la causa' retórica y abstracta; cuando el despertar de las conciencias permita identificar, para superar, las perversiones del colectivo ideológico al cual se pertenece -si es que hay que pertenecer irremediablemente a alguno- sin motes redentores que pretendan justificar lo injustificable; cuando la lucha por la liberación o la apuesta por el progreso no impliquen omnipotentes fines en sí mismos para los que todo vale, aún contra la misma vida que se dice promover, entonces, y sólo entonces, se abrirá una brecha a la lucidez política como recurso de renovación participativa de la sociedad, con menos injusticias institucionalizadas y mejores opciones de desarrollo humano integral.

Por eso, un elemento fundamental de los procesos formativos en torno a la ciudadanía, la paz y la democra-

cia es la educación para la lucidez que permita superar la priorización de los esquemas doctrinarios de la política y procure, en cambio, la primacía de la ética que mira al ser humano concreto en su historia y condición.

El primer principio que define esta concepción pedagógica es el discernimiento de la historia, es decir, la mirada cautelosa del acontecimiento desde la perspectiva de las víctimas, para ponderar su impacto real en la historia de hombres y mujeres al modo de una hermenéutica personalista que identifica factores de opresión, establece sus cadenas generadoras e interviene en los campos de acción que le resultan procedentes⁶.

Este itinerario interpretativo de la lucidez sobre la dinámica política se aprecia de modo especial en la obra del pensador social francés, Emmanuel Mounier, donde se encuentran, además, elementos que ilustran la reflexión abordada en el presente artículo. Hacia 1933, en su Revolución personalista y comunitaria el autor señalaba dos posiciones clásicas asociadas a la definición del conflicto que, con otros nombres y circunstancias se han mantenido en los nuevas tensiones de occidente: "Los pseudovalores espirituales fascistas" y la "tentación del comunismo", otra forma de 'fascismo', es decir, de régimen totalitario anulador de la persona. La polarización binaria que alberga los grandes conflictos políticos del mundo parece mantenerse en esta disyuntiva, la misma que continúa dividiendo 'derechas' e 'izquierdas' en imperios de uno u otro carácter unilateralizador.

El mismo Mounier, al identificar el capitalismo como una forma fascista donde predomina el beneficio sectario, la fecundidad del dinero y el poder de la oligarquía económica, identifica el carácter mesiánico del líder que sumerge la nación totalitaria en "una mística vital de salvación pú-

blica" en torno al caudillo "jefe del partido, encarnación del Estado, revestido de la autoridad totalitaria en nombre del Estado-partido" (Mounier, 1992: 259).

De esa manera, el autor francés traza los rasgos de esa forma dominante de poder instalada en los terrenos de la política desde un sistema de tiranía analógica a las del sistema religioso oprobioso:

"Pero denunciaremos más profundamente el fascismo como un tipo de actitud humana y como la dimisión más peligrosa que nos pueda hoy en día ser propuesta. Pseudo-humanismo, pseudo-espiritualismo que doblen al hombre bajo la tiranía de los más pesados

'espiritualismos' y de las 'místicas' más ambiguas: culto de la raza, de la nación, del Estado, de la voluntad de poder, de la disciplina anónima, del jefe, de los éxitos deportivos y de las conquistas económicas. A fin de cuentas, nuevo materialismo, si el materialismo es reducir y avasallar, en todos los aspectos, lo superior a lo inferior" (Mounier, 1992: 259).

En el sistema lógico montado sobre la dominación totalitaria y la figura plenipotenciaria, se anulan las comarcas del disenso, la pluralidad constitutiva de un pueblo y la capacidad de autodeterminación y respuesta propia: "La mística del jefe, que tiende a suplantar universalmente la mística de la democracia, está hecha de dimisión voluntaria, en cada hombre, de su cualidad de hombre, es decir, de iniciativa, de responsabilidad, de persona" (Mounier, 1992: 260).

Una educación para la lucidez favorece tomar posiciones críticas y creadoras frente a los hechos, no por el favor ganado, o por el estricto beneficio personal, o por la cómoda simpatía con cuerpos doctrinarios, sino porque determinada decisión o acción de la política afecta el curso

vital de la humanidad en alguno de sus cruciales aspectos. Aprender a dar razón de las elecciones políticas, y de las maneras de participar frente a lo público, será otro desafío de la educación para la lucidez de modo que se puedan descifrar las razones últimas con base en el curso de la vida social sin ignorar la memoria histórica con la que debe ser cargada toda posibilidad de futuro.

◆ "Cuando la opción por la persona humana en concreto, se anteponga a 'la causa' retórica y abstracta; cuando el despertar de las conciencias permita identificar, para superar, las perversiones del colectivo ideológico al cual se pertenece -si es que hay que pertenecer irremediablemente a alguno- sin motes redentores que pretendan justificar lo injustificable; cuando la lucha por la liberación o la apuesta por el progreso no impliquen omnipotentes fines en sí mismos para los que todo vale, aún contra la misma vida que se dice promover, entonces, y sólo entonces, se abrirá una brecha a la lucidez política como recurso de renovación participativa de la sociedad, con menos injusticias institucionalizadas y mejores opciones de desarrollo humano integral".

6 Un camino didáctico para llevar a cabo esa educación de la lucidez fundada en la ética, de cara a la inmediatez política de nuestras realidades, se halla en la escucha atenta de las víctimas, de todos los tipos, individuos y colectivos, sin importar la procedencia de las vejaciones y sin ignorar las que produce el propio bando de afinidad ideológica o partidista.

La caracterización del fascismo que realiza Mounier ayuda a percibir cómo se instalan en los regímenes de gobierno las distorsiones del poder, sea la usurpación capitalista de 'las derechas' o la 'derechización de las izquierdas', lo cual ha de ser castigado, entre otros modos, con las formas éticas de militancia y con el ejercicio crítico del voto en las urnas.

Así como en la misma Revolución personalista y comunitaria, el autor hacía ver las distorsiones de 'la izquierda' que generan inevitables radicalizaciones, pues tales individuos son "más asiduos a justificar los manuales que a comprender sus tiempos" (Mounier, 1992: 257), la pragmática de la lucidez conlleva el afrontamiento de las conductas típicas de la "fatuidad doctrinaria y la suprema miopía de los partidistas".

En un panorama tal, será menester recuperar las alternativas políticas a los imperios de uno u otro bando con la decisión de que los programas de oposición no se conviertan en amenazas a la persona con los propios mecanismos que se destinan a liberarla (Mounier, 1992: 265).

Tiempos de extremos convocan a redescubrir la legítima causa socio-política que impulsan las tendencias emancipadoras. Lo primero que se pide de las alternativas que anuncian liberación y justicia es la coherencia entre lo que dicen ser y lo que realmente son. Más que oportuno es indignarse por la violación de los derechos fundamentales, por los majestuosos descabros sociales que históricamente han creado arraigadas tradiciones de polaridad y ruptura entre poderosos con todo y menospreciados sin nada, por la falta de oportunidades reales de desarrollo para todos los sectores sociales, en especial, para las minorías excluidas; pero asumir las banderas de semejante lucha humana nunca será una tarea exclusiva de un solo actor, menos aún, si las entidades políticas que se identifican con tal apuesta de vida no renuncian a las estrategias saqueadoras y perversas que usan sus contradictores: *Corruptio optima pessima*, decían los antiguos.

En este sentido, una alternativa que augura pertinencia en el escenario político actual es la emergencia de 'izquierdas democráticas' que, con sentido de realismo histórico, logran escuchar los clamores de los movimientos sociales y de los sectores periféricos como actores válidos de la democracia. La 'social-democracia', que llaman algunos, bien percibe el anacronismo de la violencia como vía para perseguir aspiraciones políticas en el marco de un Estado constitucionalmente legítimo. Sin embargo, hay que recordarlo, los intentos de 'democratizar el socialismo' siempre han tenido sus más feroces opositores dentro de los mismos socialistas, así como los intentos de 'so-

lidarizar el capitalismo' hallan su primera detracción entre magnates, tecnócratas y poderosos.

La educación para la lucidez deberá llevar de modo progresivo a la comprensión de que la inclusión social, la promoción de cambios justos, la lucha por la dignificación de la vida para todos, no son prebendas de una ideología, ni siquiera etiquetada como 'izquierda', sino de una opción interior previa por la humanidad del aquí y del ahora. Desde su contexto, señalando las carencias de los partidos y sus ideologías en Qué es el personalismo, Mounier trazó los derroteros de esa 'herménutica personalista' que sustenta el ejercicio lúcido de la política:

"Sumergidos así en la crisis del siglo XX y más específicamente en la crisis del hombre occidental, el punto de partida de nuestra reflexión no debe aprisionarse en generalidades ideológicas que sólo nos conducirían a vagos gestos vanos del espíritu. Nosotros, por el contrario, indagaremos los focos de esta crisis histórica singular, sus estructuras, sus desenlaces, a la luz de algunas perspectivas fundamentales acerca del hombre que intentamos no confundir con nuestras costumbres de época" (Mounier, 1990: 223).

Si la política parte de un concepto de preservación del bien común que a todos atañe y, por lo mismo, comparte su frontera con la ética, no es lúcido clasificarse 'de izquierda' o 'de derecha' si no prima un presupuesto valoral en torno al desarrollo humano. Muy bien lo expresó el poeta León Felipe en aquellos sabios versos donde nos recuerda que, en los vínculos humanos, primero es la condición antes que la función:

El hombre, el hombre es lo que importa.
 Ni el rico, ni el pobre importan nada...
 ni el proletario, ni el diplomático,
 ni el industrial, ni el arzobispo,
 ni el comerciante, ni el soldado,
 ni el artista, ni el poeta
 en su sentido ordinario y doméstico
 importan nada.
 Nuestro oficio no es nuestro destino.
 "No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña
 al hombre a ser un Hombre".
 El hombre es lo que importa.
 El hombre ahí,
 desnudo bajo la noche y frente al misterio,
 con su tragedia a cuestas,
 con su verdadera tragedia,
 con su única tragedia...
 La que surge, la que se alza cuando preguntamos,
 Cuando gritamos en el viento:
 ¿Quién soy yo?

Y el viento no responde... Y no responde nadie.
¿Quién es el hombre?



Referencias bibliográficas

- Calderón, Jaime (2011): "Casino o gallera". Vanguardia Liberal, 8 de noviembre de 2011, Bucaramanga, Santander (Colombia).
- Saramago, José (2004): *Ensayo sobre la lucidez*. Ed. Alfaguara, Buenos Aires.
- El Espectador: "En Bello ya no piensan como un pueblo". 1 de noviembre de 2011, Bogotá, Colombia, p. 6.
- Spitaletta, Reinaldo (2011): "El voto en blanco es bello". El Espectador, 31 de octubre de 2011, Bogotá, Colombia.
- Mounier, Emmanuel (1992): "Revolución personalista y comunitaria". En *Obras completas*, I. Ed. Sígueme, Salamanca, pp. 159-500.
- Mounier, Emmanuel (1990): "Qué es el personalismo". En *Obras completas*, III, Ed. Sígueme, Salamanca, pp. 193-266.